

Sarmiento,

Maestro Americano (*)

Dependerá mucho de que los liceos humanísticos formen parte productiva de la interesante lucha nueva por nuevos modelos de la enseñanza y del estudio que ha sido impuesta a nuestra época. ¡Que no se limiten a sólo defender su forma antigua! Pueden emprenderlo con las mejores perspectivas, ayudar en resolver según su manera el problema didáctico que enfrentan hoy todos los liceos. Se trata de elaborar un método artístico que en pocas asignaturas desarrolle con la mayor intensidad el contenido intrínseco de las materias y sin embargo corresponda a las necesidades e intereses del joven especialmente en los años infantiles y de adolescencia sin perder de vista la finalidad del liceo. El liceo humanístico tiene delante de sí un nuevo desarrollo y podrá comprobar su gran tradición con su capacidad de entender claramente lo fundamental de estas nuevas tareas y empezará alegremente su elaboración. Por ello deseamos que muchos maestros acudan al liceo y que en tales tareas trabajen productivamente y esperemos también que haya una administración comprensiva que facilite a las escuelas de vanguardia la libertad y el consentimiento, y a los maestros las condiciones exteriores y el descargo necesarios para tal tarea productiva. Por cierto que habrá también en el futuro jóvenes que con alegría los acompañen en tales caminos.

(Frankfurter Allgemeine Zeitung 3.5.61).

Traducido por F.R.

El Instituto Pedagógico me pidió participar en el homenaje que la Institución organizó con motivo del sesquicentenario del nacimiento del gran maestro de América, Domingo Faustino Sarmiento. Cuando el Sub-Director del Instituto me llamó por teléfono para hacerme la participación dirigí la vista al frente de mi escritorio. Como sobresaliendo del marco de un gran retrato que conservo al frente de mi mesa de trabajo (1), Sarmiento, con la mano derecha afirmativamente puesta sobre un libro y con la siniestra levantada, extendido el dedo indicador, parecía ordenarme aceptar la invitación para dialogar con los alumnos de este Centro, futuros educadores de la República. Acepté el compromiso, porque hablar de Sarmiento ante las gentes jóvenes es tarea grata, que ofrece, además, oportunidad para exaltar la acción levantada, el generoso impulso creador, que en el gran Maestro Americano son ejemplar postura, y sirven como estímulo a las nuevas generaciones del Continente.

Sarmiento, como prototipo del hombre americano, hecho de nuestro barro, de la informe masa de nuestros defectos y virtudes, desigual en la acción y en la expresión, impulsivo, tiene de nuestras montañas la altura y majestad, y de nuestros ríos la corriente impetuosa que despeñándose desde las cumbres arrastran piedras y lodo, se arremansan en el llano, donde depositan, como decía el propio Sarmiento, elementos que fecundan la tierra labrantía. Nosotros somos tierra de labranza nueva y prometedora, y Sarmiento, gran sembrador de ella, dispersa sus ideas, como semillas tiradas al voleo para una gran cosecha, si las generaciones de jóvenes ponen a contribución esfuerzo renovado y fé en los destinos de América.

* Este trabajo contiene la versión taquigráfica corregida de la Conferencia pronunciada en el auditorio del Instituto Pedagógico de Caracas, en el homenaje rendido por dicho Instituto en el sesquicentenario del nacimiento de Domingo F. Sarmiento.

LECCION ENTRE LOS PRESOS

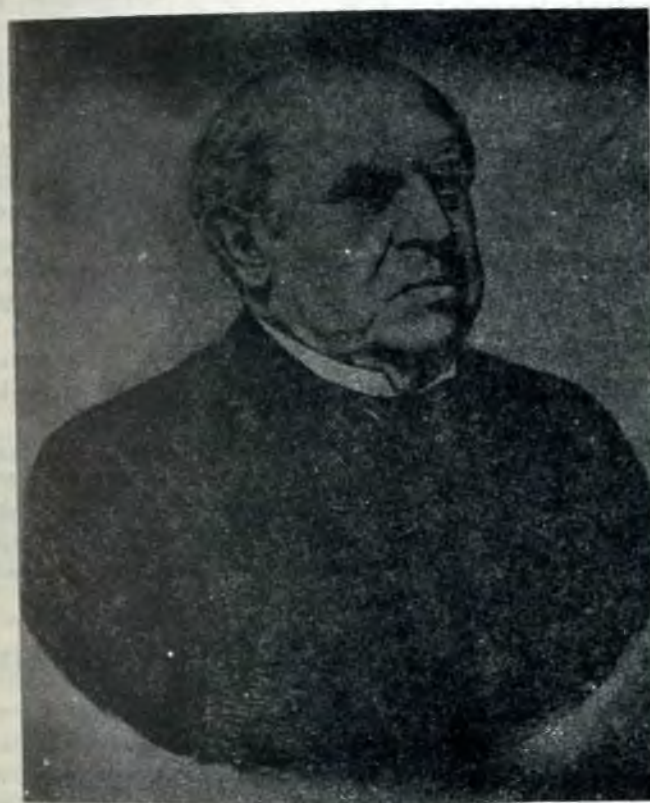
Tres momentos de mi actividad profesional y política se vinculan emocionalmente al recuerdo de Sarmiento y al evocarlos ahora vienen cargados de todo el potencial acumulado en mi espíritu, afirmado en la indeclinable devoción del hombre y de su obra.

Era el mes de agosto de 1938. Los maestros nos reuníamos en la III Convención Nacional, que tenía su asiento en la ciudad de Cumáná. Yo debía estar allí para el acto inaugural, pero se me seguía proceso político y el día 18 de agosto, último de la inmunidad parlamentaria de que gozaba como Senador de la República, se hacía efectivo el auto de detención decretado contra mí. Entre las pocas cosas que llevé a los inmundos calabozos de la Cárcel del Obispo, se contaba una biografía de Sarmiento, escrita por Sergio Bagú. Pasada la primera noche de encierro, vinieron a saludarme los presos comunes, hombres rudos de mi pueblo, algunos con delitos de ratería, los más con múltiples faltas que comprendían la extensa gama del Código Penal, la mayoría analfabetos, gentes sin cultura. Después del breve saludo les invité a escuchar un poco de lectura y comencé a leer la pequeña biografía. Todos, arrellanados sobre el piso, escuchaban atentos. Algunas veces, interrumpía para explicar, pero la ansiedad por conocer el fin había tomado al improvisado auditorio. Sonó la hora del almuerzo y ni uno sólo de mis oyentes abandonó su puesto. Ese día, gran parte de los presos se quedó sin comer. Y yo aprendí que la vida de un gran hombre puede cautivar, aún a las mentes menos receptivas. Una vez más, Sarmiento dictaba con su vida una lección para los desheredados de la moral, sirviendo de alimento espiritual, acaso demasiado sustancioso, para hombres acostumbrados a la ración carcelaria, distribuida entre denuestos y palabras soeces de los cabos de presos. Acaso muchos estaban allí porque no habían escuchado antes la lección que emana de la vida de un hombre puesto entero al servicio de la libertad y de la cultura de su pueblo. El gran educador había sostenido la influencia preventiva de la educación contra la inmoralidad. "Los datos estadísticos-sostiene- en cuanto al grado de moralidad adquirida por los que han recibido alguna educación primaria, confirman aún más aquella idoneidad del espíritu a mejorar la condición del individuo por el solo hecho de haber estado en ejercicio" (2). Un Estado descuidado en la educación del pueblo cosechaba como fruto ese producto de las cárceles, gentes sencillas, en el fondo, pero que no tuvieron oportunidad para seguir la buena senda.

EL TERREMOTO DE SAN JUAN

En diciembre de 1943, concurrí como representante de la Federación Venezolana de Maestros al IV Congreso Americano de Educadores

que se celebraba en Santiago de Chile. Allí se me designó para rendir homenaje a Sarmiento, creador y primer Director de la Escuela Normal de Chile, inicial institución de su clase en esta parte del Continente, cuyo centenario se había celebrado el año anterior. Con agrado cumplí mi cometido, recordando un artículo que había publicado en el cincuentenario de la muerte del insigne maestro. Evoqué su figura, guía para



Domingo Faustino Sarmiento

el magisterio y señalé el deber de los educadores de seguir su ejemplar conducta, su capacidad de servicio.

Pocos días después de terminado el Congreso, el 15 de enero de 1944, se movió el suelo de Santiago. Pavoridos, hombres y mujeres salieron a las calles, con los ojos fuera de órbita y gritando: ¡Temblor! ¡Temblor! Poco después, calmados los ánimos, ya aleccionados

por la costumbre, todos regresaban con prevención para seguir en sus faenas cotidianas. Luego se supo que la gran conmoción era recaladero de un terremoto que al otro lado de la Cordillera había destruido la ciudad de San Juan, donde naciera Sarmiento en 1811.

Acudieron en tropel a mi memoria los *Recuerdos de Provincia*. Las palmas remecidas por el Zonda, la higuera, bajo cuya sombra acogedora, Paula Albarracín de Sarmiento tejía afanosamente, mientras iban creciendo las paredes de la casa donde se meciera la humilde cuna del Ilustre Argentino y cuyos adobes y tapias pudieron computarse en varas de lienzo tejidas por aquellas manos de madre para pagar la construcción. Las calles empolvadas, la plaza silenciosa, la Escuela de la Patria, el Padre Oro, los Godoyes, los Morales, los Jofré, el solar colonial de tierra pobre y de rico espíritu de pueblo, eran ahora un montón de escombros. Veía nubes de polvo donde se confundían los deshechos adobes de la humilde casa de Paula Albarracín con las mansiones coloniales de escudo en la puerta, artesonado labrado y escaleras de piedra. Todo era ahora desolación y llanto. Imaginé a Sarmiento solitario, levantando a los caídos en sus fornidos brazos, socorriendo a los enfermos, enjugando lágrimas de pesar mientras se bebía las suyas y como un gran doliente presidiendo el duelo de la patria chica.

En días sucesivos la prensa y la radio detallaban la magnitud de los desastres causados por el terremoto y los gestos de solidaridad de los pueblos de América. La tragedia ocurrida en el solar nativo de Sarmiento puso de manifiesto, no sólo la hondura del sentimiento de hermandad que nos liga, sino cómo está vinculado el nombre del Gran Sanjuanino a ese espíritu.

LAS IDEAS NO SE DEGÜELLAN

Rendidas mis tareas en Santiago volé a Buenos Aires y aún sin tiempo para el descanso fui a visitar la estatua de Sarmiento. Iba a expresarle mi pesar por la tragedia de San Juan y a testimoniarle mi admiración americana. Me acercaba silencioso y conmovido, pero no pude dar salida libre a mis sentimientos. Sobre el piso de la plaza y en el pedestal de la estatua, con gruesos caracteres, escritos con petróleo o con pintura negra se leían grandes letteros que decían: ¡Fuera Sarmiento! ¡Abajo los extranjerizantes!, ¡Muera Sarmiento!, ¡Mueran los anti-nacionales! Sentí como si bajo de mis pies se estremeciera el piso y pensé que en el subsuelo de la realidad argentina se estaba produciendo un terremoto de mayores alcances y consecuencias que el que destruyó a San Juan. Intuía que algo grave estaba aconteciendo debajo de ese piso removido. Soplaba un viento de incompreensión, húmedo de odios, que no era precisamente el Zonda y que empujaría violento, de nuevo a las fronteras, a Sarmiento, que lo

expulsaría de su Patria. A lo lejos creí oír gritos de venganza, me pareció escuchar el ajeteo de pasos de multitudes de *mazorqueros* que gritaban: ¡Mueran los salvajes unitarios! Comprendí entonces la gran vitalidad del pensamiento, de las ideas del Ilustre Maestro. Sólo se puede pedir la muerte de lo que está vivo, únicamente se puede desear el destierro y la erradicación de lo que está sembrado hondo en la conciencia de un pueblo y las ideas de Sarmiento estaban allí, vigorosas y firmes para enfrentarse a la barbarie que volvía, calado el poncho, lanza en ristre, para aniquilar la civilización. Sólo expulsando a Sarmiento y lo que él representa, puede instaurarse un régimen de tiranía y Sarmiento alentó fuera de Argentina nuevamente su gran fe de desterrado y preparó los espíritus para la reconquista, doce años después. De nuevo su acriollada traducción de Fortoul, escrita en el linde del destierro, cobra actualidad y vigor: "¡Bárbaros, las ideas no se degüellan!".

COMPROMISO AMERICANO

El recuerdo de Sarmiento, su obra, tienen significado altísimo para los educadores de este Continente, implican un compromiso para los hombres y mujeres de estas tierras, en constante peligro de perder la libertad si no somos capaces de mantener como consigna la obligación de erradicar la barbarie, la de vivir alertas para impedir que los hombres que lo expulsaron puedan perpetuarse en nuestro suelo. El enseñó a combatir con todos los recursos. Se preocupaba por crear una conciencia del deber y en la obra cotidiana señalaba el camino de la liberación. Creía en las ideas como instrumentos puestos al servicio de la civilización y se sentía como predestinado a difundirlas. Por ello su magisterio cobra altura en este Continente. Sentía también la responsabilidad de sus ideas, no como instrumentos propios de servicio personal, sino como útiles de labranza en una tierra virgen, entregada en las manos del pueblo para que fuese capaz de hacerla producir. Por esta voluntad de entrega Martínez Estrada identifica a Sarmiento con la patria misma. Nacidos en una misma época, él y la Argentina libre crecieron juntos y sufrieron juntos y donde quiera que asentó su planta trashumante estuvo siempre la Patria Argentina, defendida en su bandera y en su libertad, exaltada en sus valores y amada apasionadamente en sus horas de mayor desamparo. "El sentimiento de paternidad en Sarmiento -afirma Martínez Estrada- no es individual, no se asocia a su persona en relación con sus hijos, sino a todo él en relación con su Patria. ¿No se consideró él, nacido a nueve meses justos de la Revolución, gestado por esos acontecimientos y nacido de la emancipación tanto como de la madre? Sentimiento uni-

versal, el suyo, que le hace considerarse en cierto modo responsable de la educación, la felicidad y el destino de su pueblo. Sentimiento tan irracional y hondo que nada puede identificarlo tanto con la abnegada y heroica misión de la madre, sino la que él padeció y sobrellevó por su país. Las virtudes que celebra en la madre son relativas de las suyas propias en condición de ciudadano" (3). En todo enemigo de la libertad veía un enemigo personal y un enemigo de la Argentina y atacaba y se defendía con la furia instintiva de quien intenta suprimir un obstáculo, vencer a un enemigo, pero en sus defensas no era la integridad de su persona lo que importaba para él, sino la pervivencia del instrumento que hacía posible el combate, el combate permanente entablado en un palenque de ideas. A un amigo le decía: "Cuando se me quiere destruir, uso de todas las armas para defenderme". Las usaba también "cuando se trataba de hacer al país y a la América un gran bien o destruir un gran abuso", según expresara Anibal Ponce. Pero todas las armas no incluían ni la maldad ni la calumnia, que siempre aborreció y en *Recuerdos de Provincia* expresa esa absoluta sumisión a un canon de verdad. Arguía entonces, "si aún merezco tener una reputación, la necesito, como una fortuna para mi propio bienestar, y, en seguida ofrecerla a la sociedad, para cimentar y difundir la educación a la que he dedicado mis esfuerzos". Y es porque la singular misión del maestro que él encarnaba tiene urgencia, para que el ejemplo arraigue, de ser reconocida y respetada por todos y defenderla es una obligación más que un derecho. La conducta del maestro es un patrimonio colectivo, y la mirada que todos tienen hacia la obra que realiza en los pueblos cultos expresa ya la preocupación de que la siembra del maestro no dé menguados frutos en la mente de los alumnos. Y Sarmiento, sabiéndose predestinado a ese magisterio quiso conservar el nombre para preservar la obra.

HACER LAS COSAS

Tumultuoso como disparate, incorrecto a veces en la expresión y en el talante, como dijimos antes, era trasunto de América. Dijo en el prólogo de *Facundo* (4), refiriéndose a Bolívar, que a éste no se le conoce porque se le ha querido traducir en terminos europeos, olvidándose de la realidad donde nació, entre llanos con vida pastoril, con vida bárbara, americana pura, barro del cual hizo su gloria. Y así ha de juzgarse a Sarmiento, moviéndose entre obstáculos, talando selva virgen de incomprensión y de prejuicios, abriéndose caminos por entre inéditos vericuetos, poniendo las primeras piedras de edificios que ahora son monumentos de la cultura americana. El Dr. Pellegrini nos traza una biografía del medio donde se movió Sarmiento, que sería necesario tomar en cuenta para comprenderlo y medir los alcances de

su obra: "Tocóle por Patria -dice el Dr. Pellegrini- inmensa heredad inculta y aplicó todo el vigor de su alma a abrir en la espesa selva ancha vía a la civilización. Lo hemos visto sudoroso, apasionado, febril empuñar el hacha "pioneer", abrirse paso al través del espeso matutal de la ignorancia, destrozando errores, preocupaciones, y al encontrarse en su camino con el árbol colosal de la tiranía, que cubría a su Patria toda con sombra letal, atacar su tronco, herirlo sin tregua y sin reposo hasta verlo caer con estrépito, abriendo en el bosque inmenso claro, que permitió a un pueblo contemplar el cielo luminoso y aspirar las puras brisas de un porvenir libre.

La descripción de la Argentina de Sarmiento corresponde a cualquiera de nuestros pueblos del siglo XIX y ello explica que donde no había nada tratase de construir, justificado al mismo tiempo la imperfección de la obra que a otras generaciones corresponderá mejorar o superar cumplida ya la etapa del primer aprendizaje. "Lo que está al principio es imperfecto mirado desde más adelante, cuando aquellas ideas han pasado al sentido común y nuevos escritores más bien preparados han dejado atrás a los que no hicieron más que trazar el camino". En otra parte dirá: "hacer las cosas, malas, pero hacerlas", con lo cual no expresa un propósito deliberado de cometer errores, sino la voluntad de abrir camino para un tránsito de pueblo. Hacer las cosas para enseñar que los tres siglos de colonia nos habían acostumbrado a esperarlas todo hecho desde arriba y que no basta tener la libertad sino saber usarla. En ese uso pueden cometerse errores, incluso abusos, sin que el camino se desvíe, si hay conductor que enderece el rumbo y a cada obra aplique el correctivo para hacerla cada día mejor. Sabía Sarmiento que el viejo refranero contiene verdades que es necesario retener y que quien busca sólo producir obras perfectas corre el riesgo de no hacer nada útil porque "lo perfecto es enemigo de lo bueno" y la mala obra puede dar ocasión para la buena si en hacerla hay intención recta y propósito de servicio. Sabía más Sarmiento. Había aprendido que todos los que actúan corren el riesgo de equivocarse, pero que nadie puede detener su acción pensando en esos riesgos. Los que no actúan, los que no realizan, no pueden hacer obra mala, pero tampoco la realizarán buena. Esos no corren el riesgo de equivocarse, esos son los "puros y limpios, como el agua, pero, como el agua, insípidos" de que hablara Sarmiento en el Congreso alguna vez.

A Sarmiento se le critican sus errores, que no fueron escasos, pero se le acreditan sus grandes aciertos y sobre todo su clarividencia, que le permitían intuir una Patria, donde los otros veían patriecitas limitadas en los arcifinios provinciales. Ante la risa de sus contemporáneos, que se burlaban de su angustia por conquistar la pampa inmensa en el tránsito de los ferrocarriles, respondía afirmativo, refu-

giándose en el futuro y el futuro le ha justificado. El futuro, que es nuestro presente y el presente de nuestros hijos.

COMBATE CONTRA LA BARBARIE

Su combate contra la tiranía se produce en un medio donde la barbarie se tomaba su revancha, donde los hombres eran enemigos de los hombres y las ideas no tenían puesto ni asidero, donde la valía de la acción hazañosa tenía por objeto demostrar una forma de hombría que hacía "machos" a los hombres, en el sentido que esta palabra riele en el lenguaje popular venezolano. Andrés Eloy Blanco, nuestro gran poeta, muerto en el destierro, en su poema "La Juana Bautista", de su libro póstumo *La Juambimbada*, nos traza la silueta de un negro de Barlovento, preso en el Castillo de Puerto Cabello, el negro Sebastián González, que se fugó del Castillo y le condenaron a mil palos sobre el torso desnudo, mientras la "Juana Bautista", la diana de las cometas mañaneras para silenciar los gritos, "va llenando el viento". Sebastián González, el negro de Barlovento, era "macho y medio", exaltación de la virtud aguantadora de un pueblo que en el sufrimiento lo ha padecido todo. Pero el que ordenó asestar mil palos sobre el torso desnudo de Sebastián González era bárbaro y medio. Y esa sobremedida de la barbaridad la encontró Sarmiento a lo largo de su vida en Rosas, en Facundo Quiroga, en Espinosa, en el Chacho, etc., y precisó enfrentarla como macho y medio y a "los que no pudiendo alcanzarle en el hombro se le prendían a la cintura para no dejarle crecer", pudo apartarlos para hacer el camino de redención de su pueblo. Su obra está inconclusa. Luchó por una educación popular americana, y aún cuando en todos nuestros países existen leyes sobre la educación gratuita y obligatoria, más de dieciocho millones de niños no tienen escuelas y cerca de cincuenta millones de adultos son analfabetos. Necesitamos medio millón de maestros nuevos y hacer más capaces a los actuales, dotar de aulas limpias y alegres, de material escolar, a más de la mitad de los niños que hoy reciben educación.

MAGISTERIO TRASCENDENTE

La obra de Sarmiento ha de ser continuada por los maestros y por los políticos e intelectuales de América, con la ardorosa fé que él puso en propagarla y con la energía voluntariosa que expresaba en realizarla. Pero no ha de vérselo sólo desde el sitial del maestro de escuela porque ello puede conducirnos a errores graves. Si se le considera como el maestro de la limitada acción en un grupo de alumnos y que no trasciende más allá de las aulas, perdería perspectiva su gran labor civilizadora. El mismo, acaso sin darse cuenta de que

limitaba los alcances de su obra, quiso encerrarla siempre dentro de estrecho marco pedagógico. Quiso ser siempre un maestro de escuela. "No soy otra cosa que un maestro de escuela desde la Presidencia de la República", decía, pero su magisterio estaba más allá de los lindes de la escuela y de los lindes de la patria argentina. Su lucha es una lucha con el tiempo. Para hacer el bien tuvo que apelar a todas sus energías espirituales, que no eran pocas, y sin hacer concesiones al egoísmo y a las pasiones de sus contemporáneos, se proponía enseñar a todo un pueblo, a un continente, a vivir como seres humanos. Por ello, en Tucumán, a una niña sentada en sus rodillas y que le había reconocido como el padre de los niños argentinos, le decía a media voz, entrecortadas las palabras por el correr de sus lágrimas: "He sido mucho más pobre que ustedes y he luchado con dificultades más terribles que las que nunca conocerán ustedes. He combatido mucho en muchos años; pero parece que las tempestades se hicieron para que el piloto avanzara más camino; la resistencia para vencerla; le envidia, la detracción, para dar testimonio de la verdad honrosa; y sin desviarme de la obra de hacer bien a mis semejantes, he llegado a la cima de la montaña, en la penumbra de esa zona de gloria a que se han encaminado mis pasos. Esto lo comprenderán ustedes más tarde". Y más tarde es ahora, y todavía no se le compende y sus compatriotas, frente a su estatua le piden que se vaya, quieren expulsarlo, pero él está allí, sembrado en medio de la tormenta, como un añoso roble, hundidas las raíces en el suelo americano y extendidas las ramas protectoras para la sombra generosa, abatido por los vientos tempestuosos de barbarie que de cuando en cuando desgajan una que otra hoja del follaje, pero sin dismantelar la arrogante vestidura de la copa.

Ver a Sarmiento desde el ángulo pedagógico, entendido lo pedagógico como una parcela de la vida cultural, verlo sólo como el maestro, entendido éste como el hombre con un grupo de alumnos que transitoriamente escuchan las lecciones y la repiten, si el maestro es eficaz y la olvidan en la mayoría de los casos, es tener de Sarmiento un limitado concepto, pero además es tener del magisterio estrangulada visión. Para mí el magisterio de Sarmiento, más que en sus obras de creación escolar, más que en las enseñanzas impartidas a unos alumnos transitorios, más que en los textos publicados para que aprendieran a leer los niños argentinos y de toda América, más que en todo eso, está en su vida, está en su actitud, en su permanente manera de proceder, y en su inquebrantable propósito de crear un medio cultural donde fuera posible construir la democracia.

Se equivoca Martínez Estrada cuando dice que el error de Sarmiento fué haber considerado a la República como a una escuela y al Gobierno como un maestro. Sarmiento no se propuso eso, aun cuando

lo dijera. Si se interpreta cabalmente la doctrina sarmientina de la educación, se podrá comprender que ésta considera la educación como un producto del medio social y que todos los que tienen función de dirección dentro de ese medio, son educadores, gestores en una función educativa. Por ello el magisterio de Sarmiento llegaba a todas partes porque su acción rectora era la más destacada. Era el líder o dirigente de un pueblo y, entre las funciones de mayor relieve en el líder está la de formar en la conciencia de los seguidores actitudes consonas con el propósito perseguido por el grupo y que el líder interpreta. Sarmiento cumplía su función rectora con un amplio conocimiento de los mecanismos y resortes que esa función conlleva. Dije, en otro lugar y con distinto motivo, que todos dentro de la comunidad somos en alguna manera maestros y alumnos al mismo tiempo, que todos aprendemos de todos y enseñamos a todos. Que en alguna manera recibimos enseñanza de los otros, que con su contacto nos educan en las normas de la comunidad (5). Como en la talla de diamantes el polvo de éstos sirve para pulirlos.

CONCEPTO SOCIAL DE LA EDUCACION

Sarmiento, no obstante su exaltado concepto de lo que el hombre significa como agente de la historia, siendo el mismo resaltante ejemplar del hombre providencial, creía, y las modernas teorías lo confirman que lo verdaderamente educativo es el medio donde el hombre crece y se forma, sobre todo el medio social. De allí su preocupación por cambiar ese medio, introduciendo en él los elementos de la civilización, que en su concepto provenían de la parte norte de Europa, los poseían otras razas y debían ser asimilados por nosotros con la inmigración, los libros, el telégrafo, las vías de comunicación y otros elementos de posible transmisión. En *Recuerdos de Provincia* asentó: "La riqueza de los pueblos modernos es hija sólo de la inteligencia cultivada. Fomentan las caminos de hierro, vapores, máquinas, fruto de la ciencia; dan la vida, la libertad de todos, el movimiento libre, los correos, los telégrafos, los diarios, la discusión, la libertad en fin" (6). Se equivocó, acaso porque desconfió de las virtualidades propias de nuestro medio, ensombrecido de barbarie, al que juzgó inferior por la mezcla de razas, pero que requiere hacer su camino, formarse y reformarse para convertirse al final en polvo de diamante para el pulimento de la preciosa joya de nuestra cultura.

Actualmente prospera y se afirma la idea sociológica de que la escuela es un agente del cambio social, y si sufre las influencias del medio y lo refleja, actúa sobre éste para modificarlo, modificándose a la vez, en un proceso de interacción permanente. En medio de la barbarie, en la soledad inhóspita de la pampa, que se describe en *Facuna-*

do, la convivencia no podía hacer el camino cultural. Sin contacto, los hombres no podían educarse. Por ello creyó Sarmiento en la virtud educativa de la urbe representante de la civilización, frente al campo, expresión de la barbarie. "En la ciudad, decía, están las leyes, las ideas de progreso, los medios de instrucción, alguna organización municipal, el gobierno regular, etc. (7). En otra parte señala la influencia del medio físico sobre el carácter. "El aspecto del suelo, sostiene, me ha mostrado a veces la fisonomía de los hombres, y éstos indican casi siempre el camino que han debido llevar los acontecimientos" (8).

Cuando Sarmiento decía: "si el pueblo es el soberano hay que educar al soberano", partía del concepto iluminista de que la cultura, y, limitadamente la alfabetización, la enseñanza, forman el hombre. Pero pensaba algo más. Pensaba que el hombre es el creador de su propio destino y que éste será tanto más provechoso cuanto el hombre sea capaz de crearlo a la medida de sus aspiraciones. Los iluministas sostuvieron que el analfabeto es un hombre incapaz de crear medio adecuado para la convivencia y para el gobierno democrático, para el uso racional de la libertad, por ello proponían difundir los conocimientos, llevarlos a todas partes pero la experiencia del pueblo alemán, donde el iluminismo tuvo sus más altos representantes, nos indica que la alfabetización y la escuela difundida pueden evitar o contener la caída en la barbarie, pero que no lo son todo, razón por la cual el nazismo fué posible en un pueblo sin analfabetos. Esa experiencia nos alecciona y fomenta dudas sobre las orientaciones del iluminismo, para afirmarnos en el concepto de que tanto como la cultura que suministramos al pueblo importa su orientación y calidad y para decir que la educación debe estar dirigida a la doma de los instintos primitivos y a la erradicación de los prejuicios y hábitos que conspiran contra la convivencia, pues sólo así puede coadyuvar la escuela a la estabilidad de la democracia y a difundir el prestigio de las instituciones donde se afincan las libertades públicas, pensamiento que no estuvo presente en la obra de las escuelas alemanas, que según el decir de Bismarck habían hecho posible el triunfo sobre los ejércitos franceses en 1870. El pueblo alemán quería la revancha y llevó ese pensamiento a los maestros y a las escuelas, que eran parte de ese pueblo y sólo así interpretado el hecho podría decirse que la derrota de Francia era el triunfo de los maestros de escuela.

Después de la derrota de 1918, Alemania prepara la revancha nuevamente, organiza sus escuelas para la muerte, según dijera un escritor norteamericano. Sus maestros que eran parte del pueblo, alentaban el pensamiento de la comunidad, el nazismo se hizo carne y espíritu de aquel pueblo, que de nuevo intentó la aventura de la guerra y la perdió. Hubiera sido cómodo, pero altamente destructivo para las instituciones educativas, afirmar que la derrota era la obra de los maes-

tros alemanes, así como antes se les atribuyó la gloria del triunfo.

Esto demuestra que los alemanes no se dedicaron a la construcción de un sistema educativo para el uso de la libertad, ni para hacer prosperar la democracia que habían conquistado tardíamente en 1919.

Sarmiento pensaba de diferente manera. Pensó en una escuela adecuada a las necesidades de nuestros países, que habían recibido como herencia una cultura en la que tenían su asiento las instituciones esclavistas de la colonia, pero antes había que reformar esas instituciones para que la escuela pudiese dar los frutos y propagar las nuevas ideas. Si Sarmiento pensó en la escuela como medio civilizador, su concepto de la Nación como ambiente educativo y del gobernante como maestro expresan la importancia que concedía a la influencia del medio social y a la acción rectora de los funcionarios públicos, que cumpliendo la ley la hacen cumplir a los demás, que siendo justos estimulan el espíritu de justicia y que viviendo honestamente se sitúan como paradigmas que el pueblo desea imitar. La escuela educa, porque es un medio acondicionado para ese efecto, pero la educación que suministra está dentro de las aspiraciones y finalidades de la sociedad donde funciona. Hoy no puede decirse que la escuela da la medida del pueblo, sino que éste señala lo que la escuela debe ser. Mientras no ascienda en la conciencia popular la importancia de la escuela, ésta no puede realizar función civilizadora, porque lo que ella enseña el medio social lo esteriliza.

Martínez Estrada, en relación con este hecho de hondo sentido sociológico, afirma que "una sociedad puede existir por debajo del umbral de la civilización, pero no comienza a constituir una nación sino cuando ha tomado conciencia de la solidaridad de sus intereses y destino" (9). Sarmiento, para señalar esta falta de toma de conciencia sobre el valor de la educación, decía: "La mayor dificultad que a la difusión de la instrucción se opone entre nosotros nace de que no se quiere bien lo mismo que se desea; de que no hay convicciones profundas, y de que no se han sondeado bastante la llaga, ni expresado suficientemente la extensión del mal" (10).

La escuela, la educación, no pueden ser trasplantadas. Sarmiento, aún cuando se hizo eco de los progresos y características de las instituciones educativas de Francia y de los Estados Unidos, no desconocía esa regla de la adaptación, de la adecuación del instrumento educativo al medio a que está destinado. La polémica con Bello, no obstante ser de carácter literario, toca de soslayo la influencia del medio en las formas expresivas y de comunicación; atribuye al pueblo la actividad creadora del lenguaje y dice, en fin, que cada pueblo se expresa en relación con sus progresos culturales. "En países como los americanos -afirmaba- sin literatura, sin ciencia, sin arte, sin cultura, aprendiendo recién los rudimentos del saber y ya con preten-

ciones de formarse un estilo castigado y correcto que sólo puede ser la flor de una civilización desarrollada y completa." Por ello pedía una escuela que enseñase al hombre americano a enfrentarse con su medio, hija de nuestras necesidades, que educase la mano para el trabajo productivo, alejada de la forma de transmisión de conocimientos para ser repetidos de memoria, pero que no producen pan. En 1844, en la inauguración de la clase de Química y Mineralogía en Santiago de Chile decía "dejad el Nebrija, que, si no os dedicáis al foro o a la iglesia, os conduce en línea directa a la nada, al vacío, a la petulancia presuntuosa ... Volveos a la naturaleza que no conocéis, id a buscar las verdaderas fuentes de la riqueza que están en nuestros cerros, en nuestros minerales, en nuestras llanuras: allí encontraréis el secreto de enriqueceros vosotros mismos y de enriquecer a la Nación". Este apego a la realidad le inspiró la creación de numerosas "quintas normales", especie de escuelas experimentales para la enseñanza de la agricultura, la apertura de laboratorios y clases de enseñanza práctica, sin que por ello abandonase la difusión de los libros en la extensa red de bibliotecas escolares y populares que fundara. Tiene razón Roberto Munizaga cuando dice: "Sarmiento debe haber intuído muy vivamente que estos países de América, colocados frente a una realidad nueva, necesitaban una formación a través de las cosas antes que de las palabras. Su desconfianza hacia el culto de una erudicción que mata la visión directa de las cosas, su actitud desenfadada frente a los pintorescos doctores que pululan en nuestra América, no tienen, en verdad, otro origen: la formación de los jóvenes ha de realizarse con un nuevo sentido. Y esa es la entonación con que aún me suena su persistente llamado: "Pero cambiad de estudios, etc." (11).

POLITICA Y EDUCACION

La educación del soberano propugnada por él como aspiración del gobierno democrático, se emparentaba con la expresión polémica que usó para combatir a su compatriota Juan Bautista Alberdi: "Gobernar es educar". La pasión argentina de colmar el desierto, de crear en éste los gérmenes de la civilización, trayendo desde Europa los inmigrantes y con ellos la cultura de los pueblos de donde procedían, llevó a Alberdi a su fórmula de "Gobernar es poblar". Ambos contrincantes expresaban un propósito justo en diferentes términos. Sarmiento se pronunciaba, al igual que Alberdi, contra las instituciones coloniales, que en las ciudades y en el campo argentinos se continuaban en Rosas y sus secuaces. De los países nórdicos de Europa debía venir un nuevo espíritu, capaz de ahogar en ola civilizadora el complejo de mestizaje que españoles, indios y negros habían perpetuado en nuestra

América, por ello inculta y bárbara. Era necesario renovar esa sangre, creando con nuevas mezclas formas de expresión humana en los pueblos de nuestro continente. Para estos menesteres, "gobernar es poblar", según Alberdi; "gobernar es educar", según Sarmiento, y los dos expresaban verdades a medias, porque gobernar democráticamente es poblar, educar, sanear, hacer y rehacer una nación en constante devenir, forjar espíritu de trabajo y conformar las aspiraciones populares a las posibilidades del suelo, poner la economía al servicio de todos, hacer campo propicio para la libre actividad y para la libre convivencia, en un constante dar y recibir y donde el gobernante es árbitro para resolver las contiendas personales y estímulo para las obras de beneficio colectivo. Expresaron verdades a medias los dos contrincantes argentinos, porque cada uno veía una parte del gran problema general del país y la realidad vino a negar de un lado y a confirmar de otro lo que ambos sostuvieron.

La Argentina no se pobló con grandes masas venidas del norte de Europa. Italianos y españoles forman el gran contingente de poblamiento de ese país y constituyen su riqueza vital. Erraron al decir que nuestras desgracias provienen del mestizaje de los pobladores del continente. Los estudios antropológicos realizados con posterioridad indican que no hay razas puras, porque la mezcla constante de sangre ha hecho que se borren las fronteras de razas y de pueblos. Las oleadas bárbaras que invadieron a Europa oscurecieron de tal modo los límites de raza que la pureza de sangre ha llegado a ser un mito, y la raza aria de que hablaron los nazis se torna una entelequia.

La expresión de Sarmiento, señala sólo la necesidad de un proceso de educación para conducir la transformación de nuestros pueblos. La frase de Alberdi indicaría que el desierto no es lugar adecuado para el gobierno, pero los beduinos de los desiertos africanos tienen una forma de gobierno que se adapta a la escasez del poblamiento y a la inmensidad de la tierra donde se desenvuelven. Es cierto que la democracia y el gobierno civilizado no pueden prosperar sino en la convivencia que se crea en el roce constante de la vida urbana y de las comunidades rurales organizadas. Gobernar democráticamente es un propósito que no puede cumplirse en el desierto y educar es una tarea que se realiza entre hombres y por los hombres. Donde quiera que se encuentren reunidos dos personas surge un propósito educativo, afirmaba un pedagogo alemán. Gobernar y educar no son actividades separadas y distintas sino partes complementarias de un mismo proceso de conducción de pueblos y de naciones. "Esta confrontación de doctrinas entre Sarmiento y Alberdi, concluye el educador chileno Roberto Munizaga, bien podría dejarnos una lección: Que en los países subdesarrollados el maestro no puede en verdad ser maestro, si no se capacita para comprender el sentido de su labor pedagógica a la luz

de una amplia perspectiva política, y a la inversa, el hombre de Estado tampoco puede, en rigor, serlo, si sus actividades políticas no se hallan penetradas, en todo sentido, -tal como Horacio Mann lo quería- de una seria preocupación educacional" (12).

Voy a terminar, invocando la majestuosa figura de Sarmiento, su tempestuoso espíritu, su comportamiento americano, sedimentados ya por el tiempo y por la acción renovadora de nuestros pueblos, a fin de que nos ayude a superar las etapas de barbarie que aún perviven en América.

Bolívar y Sarmiento tienen mucho que hacer en América, a través de los estadistas que en realidad lo sean y de los maestros formados al calor del pensamiento que inspiró la creación de la Escuela Normal en 1842. Sarmiento dijo entonces que sólo puede ser maestro quien es capaz de adquirir una cultura, no sólo de lo que lee sino también de lo que observa.

Pensó que los maestros no lo son por el método de transmisión de conocimientos que poseen, sino por su actitud humana, mediante la cual expresan el sentimiento y el querer de su pueblo, con el que han de mantenerse consustanciados. Sarmiento quería maestros activos y libres, responsables de sus tareas, con voluntad de servicio y entregados a la obra de redención espiritual de las comunidades. Sin embargo, muchas escuelas normales formaron y forman maestros adocenados, librescos, indiferentes a cuanto pasa en su dintorno, en el cual transcurre desbordada la vida de niños y adultos, sin acceso a las escuelas. Los maestros a la manera sarmentina han de tener capacidad de entrega para darse todos los días, con la conciencia de que esa dádiva no está compensada con un valor igual. No se trata de la fórmula contractual del derecho civil romano: doy para que des, doy para que hagas, hago para que hagas, sino de decir al alumno: Doy para que seas. Doy para que en tí se realice lo que yo mismo no he podido realizar; para que en tí se cumpla el propósito de una Patria grande, y para que haciéndote tu mismo, y pareciéndote a tí mismo, seas cada vez más el espíritu de tu pueblo, porque para que éste llegue a la soberanía, ha de ser cada vez más espíritu desenvuelto en cada uno, integrados como una suma total de voluntades para el proceso de integración de una patria de todos.

NOTAS

- (1) Fototipia Peuser, de un Oleo de Sarmiento pintado por De la Torre Romero.

- (2) Domingo F. Sarmiento. "Educación Popular," página 36. Editorial Lautaro, Buenos Aires, 1948.
- (3) E. Martínez Estrada. "Sarmiento," página 9, Editorial Argos, Buenos Aires, 1946.
- (4) Domingo F. Sarmiento. "Facundo", "Recuerdos de Provincia", Colección Crisol, N° 301, página 776. Editorial Aguilar, Madrid, 1950.
- (5) Luis B. Prieto F. "En esta Hora". Publicaciones de la Federación Venezolana de Maestros, página 66. Caracas, 1961.
- (6) Domingo Faustino Sarmiento, ob. cit., pág. 625.
- (7) Domingo Faustino Sarmiento. Obra Citada, página 65.
- (8) Domingo Faustino Sarmiento. Obra citada, página 481.
- (9) E. Martínez Estrada. Obra citada, página 67.
- (10) Domingo F. Sarmiento. "Educación Popular", página 41. Editorial Lautaro, Buenos Aires, 1958.
- (11) Roberto Munizaga Aguirre. "En torno a Sarmiento", Ediciones de la Universidad de Chile, página 25, Santiago, 1958.
- (12) Roberto Munizaga Aguirre. Obra citada, página 57.

EDOARDO CREMA

Cicerón

Es doloroso, pero es cierto, a pesar de Sócrates y de su firme creencia en que "los que conocen las cosas justas y lo que se hace por virtud no pueden preferir cosas distintas"; es cierto que la historia de la humanidad prueba lo contrario, eso es, que casi la totalidad de los hombres, a pesar de conocer lo justo, lo bueno, lo moral, cumplen sin embargo con lo contrario. A pesar de que Sócrates creyera que "lo que ocupa el primer puesto en la lógica, l o g o o, ocupa el primero aún en la acción, é r g o o", la mayor parte de los hombres actúa de manera tal que lo que está en el primer puesto en la lógica y la moral está en el último, en la acción. Y la negación de la famosa identidad socrática, por la cual la sabiduría será también virtud y la voluntad una filiación inevitable de la lógica, remonta a la misma época de Sócrates. Precisamente a Eurípides, quien en el *Hipólito* hace que Fedra clara y conscientemente reconozca que está actuando mal y a pesar de ello actúa mal porque en lo que ella desea hay fuerza de atracción mas grande que la del mismo conocimiento.

Ahora bien, en la encrucijada sangrienta por la cual la humanidad pasó de la civilización pagana a la cristiana, también se pudo asistir a esta negación de la identidad socrática, no más en una creación poética, sino en la realidad de todos los días. En las postrimerías de la república romana, a lo largo de las guerras civiles, los romanos, a pesar de conocer las virtudes que habían hecho la grandeza de la patria, la justicia y la fe, el pudor y la frugalidad, la sencillez de las costumbres y el sacrificio de sí mismo en horas del deber, actuaban contra todas esas virtudes, deseando sólo cargos y honores, quintas y tierras, fiestas y queridas. Y la prueba de que ellos conocían esas virtudes, está aún en la interminable lista de leyes y actividades